

Arte de los pueblos del norte

**ADOLFO
CASTAÑO**

Como antaño, los pueblos del Norte descienden y atraviesan Europa. La invaden, en esta ocasión, pacíficamente, buscando un reconocimiento histórico y presente que confirme su existencia continental. Y para ello recurren al lenguaje franco del arte, lenguaje de imágenes que todos podemos comprender.

Cinco países, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia, han transportado hasta aquí sus productos artísticos, acercándonos su unidad y su diversidad, confrontándolas con las nuestras. Está claro que Europa es así, unitaria y diversa. La religión, el pensamiento, la evolución de la ciencia y la técnica, la búsqueda de la justicia social, etcétera, confrontan un destino unitario de cuantos países la componen, y también es claro que bajo esta armonía general subyacen objetivos particulares (nacionales) e imbricados en ellos objetivos más particulares aún (regionales), que no deben perturbar, con sus calores románticos, el equilibrio de una fraternidad todavía naciente.

ARTE

«Gracias a su coincidencia en ciertos aspectos del impresionismo —ismo que desbordó las fronteras europeas convirtiéndose en una manera de hacer universal— se pudo establecer una comunicación artística y amistosa entre el sueco Anders Zern (1860-1920) y el español Joaquín Sorolla (1863-1923). Su manera de apreciar y ver la luz acercó la realidad de sus paisajes distantes.»

En las artes plásticas de Europa septentrional, se dan numerosos puntos de contacto con las del continente. Esto se debe al alto poder difusivo del arte: cualquier acción que genere formas en cualquier lugar, tiene tendencia a extenderse en el espacio y en el tiempo y puede ser adoptado por una nueva patria.

Gracias a su coincidencia en ciertos aspectos del impresionismo —ismo que desbordó las fronteras europeas convirtiéndose en una manera de hacer universal— se pudo establecer una comunicación artística y amistosa entre el sueco Anders Zern (1860-1920) y el español Joaquín Sorolla (1863-1923). Su manera de apreciar y ver la luz acercó la realidad de sus paisajes distantes.

La Luz del Norte ilumina la pintura de la exposición así denominada, que abarca el período desde 1880 a 1910. El poder de sus gradaciones desvela el vivir de sus gentes, descubriendo aspectos cotidianos de su intimidad, individual o social; su integración en espacios geográficos abarcables: pueblos, ciudades; su extravío en los vastos espacios terrestres o marítimos. La luz transmite el escalofrío de la vida y la muerte en los ámbitos del gran día o de la gran noche septentrionales, mostrando todos estos matices en una expresión plástica figurativa realizada con una técnica excelente, seguidora de la tradición, que se flexibiliza con

cuantas innovaciones le llegaron desde distintos lugares del continente. Pintura de corte costumbrista que refleja un existir medido por el calor o el frío de la luz, un existir melancólico, pausado, que el peso de la religión o el rigor social tutelan.

Lo escrito se conforma en las obras de Björn Ahlgrens-son, *Ascuas al atardecer*; Niels Bjerre, *Reunión de oración*; Harriet Backer, *Otoño en Stra-Isj0en*; Asgrimur Jónsson, *Monte Tindaffóll*; Magnus Enc-kell, *Paseo de la muerte*; Edvard Munch, *Melancolía*, y Richard Berg, *Tarde de verano nórdico*.

Pintura de ayer, necesaria para llegar al hoy, en la que resplandecen ejemplos que alcanzan una estatura contemporánea, como sucede con la titulada *Edificios de la Compañía de Asia en Copenhague*, del danés Vilhelm Hammersh0i (1864-1916).

Groenlandia, isla casi continente situada en la zona polar ártica, muy alejada del país europeo al que pertenece, y separada por estrechos y mares de las islas y continentes próximos, nos trae en su Kayak Volador un equipaje de trece artistas, nacidos entre 1931 y 1966, de una peculiar coloración cultural. En ellos lo regional desborda lo nacional, entrando en el curso universal apoyándose en los valores de una etnia y sus tradiciones concretas: la esquimal.

«La Luz del Norte ilumina la pintura de la exposición así denominada, que abarca el período desde 1880 a 1910. El poder de sus gradaciones desvela el vivir de sus gentes, descubriendo aspectos cotidianos de su intimidad, individual o social; su integración en espacios geográficos abarcables: pueblos, ciudades; su extravío en los vastos espacios terrestres o marítimos.»



La geografía de Groenlandia también está iluminada por la luz del norte, pero su septentrionalidad es más drástica que la que ilumina a los pueblos establecidos en el continente, carácter que conforma el estar en el mundo de sus habitantes.

Casi todas las obras expuestas toman sus temas del entorno natural inmediato, personas y rostros (Harriet Kristoffersen, Haka H0egh), máscaras con aliento ritual, protectoras o convocadoras (Miki Jacobsen, Lise Hessner), animales de la fauna local alimenticios o terribles (Arnannguaq H0egh), con toques que rozan siempre lo inquietante, lo dramático, y alcanzan muchas veces un rango mágico. El único artista que escapa de esta temática es Frederick Kristensen, que trabaja un constructivismo colorista, insólito dentro del conjunto.

En esta exposición abunda la obra gráfica en la que la alternancia blanco-negro, luz-oscuridad, potencia la expresividad de sus ciertamente palpitantes contenidos humanos. Los rasgos peculiares que podrían chocar con nuestros ojos, por su fuerza indudable, por su veracidad, se imponen a nuestra visión, llevándonos a que los comprendamos, a que comprendamos la misma raíz de su impulso.

Nacidos entre 1941 (Kristján Gudmundsson, islandés) y 1967 (Marko Vuokola, finés), quince

artistas vertebran la exposición La Hora del Norte. Horas cuyas campanadas suenan para todos y oímos todos, pues el reloj que las produce es la misma contemporaneidad.

La luz, en este caso, es la misma que ilumina cualquier sala de exposición, y los objetos y las intenciones que esta luz desvela pueden proceder de cualquier país del mundo, aunque proceden de Islandia, Noruega, Suecia, etcétera, porque sus cualidades trascienden cualquier objetivo regional y nacional, colocándose en un punto de mira global, desde el que su lenguaje habla a todos los pueblos. El arte de la escultura danesa Kirsten Ort wed, por ejemplo, se nos aparece dentro de la tradición minimalista y conceptual, en tanto que el finés Marko Vuokola estudia

«En esta exposición abunda la obra gráfica en la que la alternancia blanco-negro, luz-oscuridad, potencia la expresividad de sus ciertamente palpitantes contenidos humanos. Los rasgos peculiares que podrían chocar con nuestros ojos, por su fuerza indudable, por su veracidad, se imponen a nuestra visión, nevándonos a que los comprendamos, a que comprendamos la misma raíz de su impulso.»

los niveles cognitivos de las construcciones humanas intentando descubrir los sistemas resultantes que le rodean, y el islandés Krist-ján Gudmunsson declara algo que parece imposible: "estoy intentando trabajar en el campo de tensión que existe entre nada y algo".

No es exhaustiva nuestra apreciación del arte de los pueblos del Norte, pero a pesar de su precariedad era importante señalar los frentes de su invasión pacífica, fundidos en un impulso declarado de comunicación global. Como las tres exposiciones comentadas, Luz del Norte, El Kayak Volador y La Hora del Norte, tienen otras apariciones dentro de nuestra geografía, esperamos que el lector curioso se interese por ellas.